
CRONICAS Y NOTAS



Universidad estatal en el Perú

En la segunda quincena de julio, la Universidad Nacional Agraria La Molina presentó al debate público una de sus últimas publicaciones. Se trata la revista Tierra Nuestra que edita el Departamento de Ciencias Humanas. El acto se efectuó en el Instituto Italiano de Cultura. Hicieron uso de la palabra el Rector de la Universidad, José Dancé, los editores y como nota de fondo, lo hizo un distinguido grupo de comentaristas que no requiere de mayor presentación: Washington Delgado, José Tamayo Herrera, Bruno Podestá y Mario Samamé Boggio.

El motivo de las presentes líneas no es hacer una crónica de lo que allí ocurrió sino incidir sobre un punto que atravesó como un hilo tenaz la preocupación de todos los presentes: la situación de la Universidad

Peruana. Alguien desprevenido podría haber estado tentado de pensar que los comentaristas se olvidaron del motivo fundamental de sus palabras ese día, la publicación de Tierra Nuestra, y se encaminaron en cambio tras un tema un tanto distinto y complicado. Pero visto el punto desde otra perspectiva, podemos alegrarnos que desde sus inicios la revista aportara, por fortuna, en una tarea que el país espera con urgencia y esperanza del colectivo académico: repensar la universidad.

Quien abrió los fuegos sobre el tema fue el Director de la Biblioteca Nacional, el Dr. Tamayo Herrera. En tono enfático, con nervio, denunció una universidad estatal que había renunciado a sus fines. Con posibles excepciones como la UNALM, señaló una universidad prácticamente colapsada, fragmentada, presa de grupúsculos que se enquistaban en el poder con finalidades y motivaciones no necesariamente académicas. En fin una pobre universidad, de cuyos escombros apenas si podía quedar una caricatura de colegio secundario en el mejor de los casos.

En el otro extremo del debate se levantó la voz de Don Mario Samamé Boggio. El

ex Rector de la UNI y maestro permanente, no habló: rugió. Como provinciano e hijo de labriegos, hizo una emocionada defensa de la universidad nacional y de sus posibilidades de futuro que conmovió a casi todos los presentes. El destino del país estaba indisolublemente ligado a ella, dijo. Y porque creo firmemente en las posibilidades del primero, jamás me moveré de él. Ni me desligaré de la universidad que tiene al Perú como razón de ser.

Washington Delgado, por su parte, escogió otro camino. Como un cirujano, bisturí en mano, nos habló de la Universidad que le tocó vivir como estudiante y docente por muchos años, la que vive hoy y la que ve venir en las próximas décadas: una universidad que ha conocido, como el país, una remoción dramática de su cuerpo demográfico, una universidad que debe abordar el día de hoy desafíos inéditos en términos académicos, económicos, y de integración a una nueva sociedad peruana. Una universidad, en suma, que empieza a encontrar un nuevo camino y del que ya percibe sus primeras trazas, sus primeros indicios.

Viéndolo bien las tres posiciones no resultan contrapuestas. Quizá son hasta complementarias. A nadie que trabaje en una universidad estatal puede escapar la profunda crisis material y académica en que vive. Pero también sabemos que de esa universidad, de esos nuevos destacamentos estudiantiles y de profesores, tiene que emerger la universidad del futuro, una universidad cuyo ámbito de preocupaciones sea, por fin, todo el cuerpo social y físico de un país del que empezamos a descubrir, también por fin, que conocemos todavía poco.

En suma, Tierra Nuestra ha nacido bajo

buen augurio. Invitando casi inevitablemente a transitar por el surco vital de esta tierra nuestra tan urgida de energía, creatividad y trabajo: el de la universidad peruana y sus tareas de hoy y de mañana.

Ernesto Yepes del Castillo